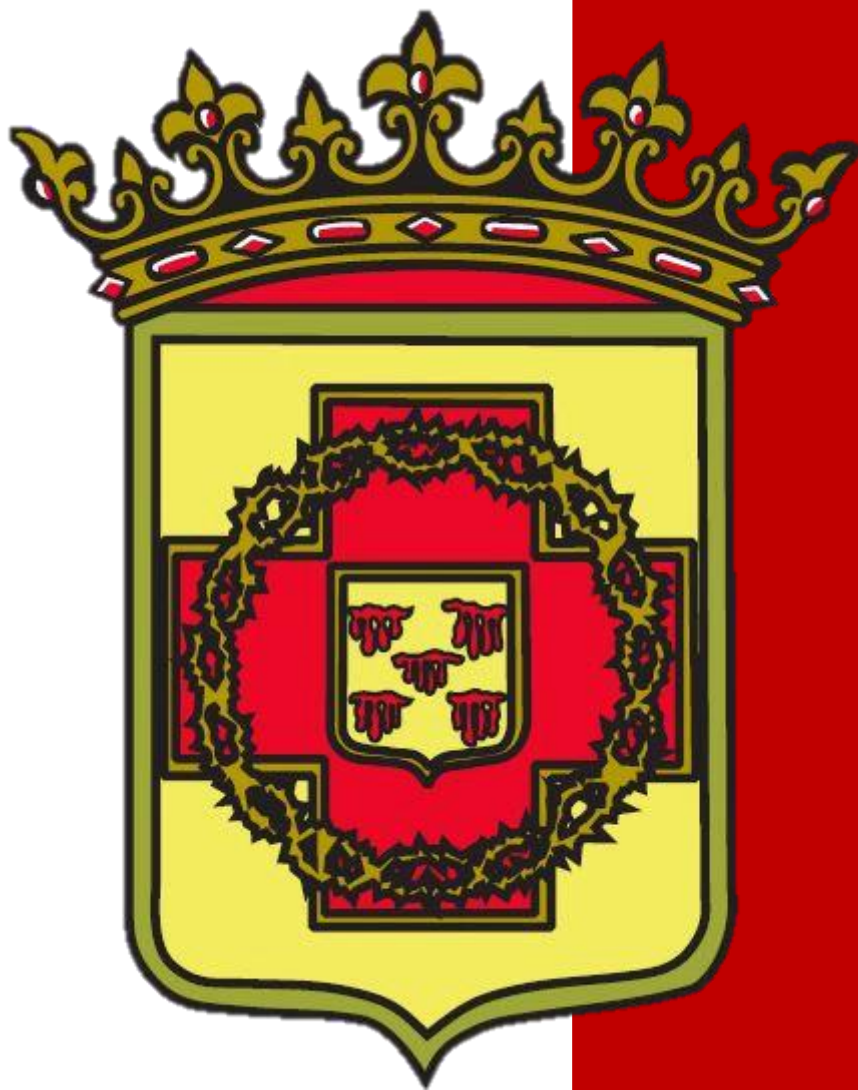


Pregón Marzo 1986



José Delgado Fernández de Santaella

TEXTO DEL PREGÓN QUE LA REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD OFRECE A SU EXCELSO TITULAR EN EL CILO CONMEMORATIVO DEL V CENTENARIO DE LA ENTREGA DE LA REAL CÉDULA POR LOS REYES CATÓLICOS.

Lugar: Salón de Actos Agrupación de Cofradías.

Fecha: XX de marzo de 1986

Presentador: D. Fernando J. Guillaume Arévalo.

Pregonero: D. José Delgado Fernández de Santaella.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno, cofrades, hermanos y costaleros de la Real Hermandad y Cofradía del Señor de la Caridad. Señoras. Señores. Amigos todos.

Toda acción, por sencilla que esta sea, implica una serie de dificultades para llevarla a buen fin. Y yo, así de entrada, la principal que veo, es la de que no habéis sabido encontrar al pregonero idóneo para este acto en el que nos encontramos.

Y digo esto con toda la razón del mundo. Pues cierta resistencia a la petición que me hicieran en nombre de esta Real Hermandad y Cofradía del Señor de la Caridad, el Hermano Mayor, Don José Luis Fernández Pareja, y el Vice-Hermano Mayor, Don Antonio Salcedo Bejarano, para que hoy yo estuviese aquí y os hablase en este acto conmemorativo del V Centenario de la entrega de la Real Cédula por los Reyes Católicos.

Entre otras alegaciones que expuse fue la de que cualquiera de vosotros podría hacerlo mejor que yo, puesto que estaríais más capacitados y sabríais decirle más cosas al Cristo de la Caridad, que estáis más compenetrados con Él, hasta en los más mínimos detalles con la Cofradía, cosas que yo desconozco, así como el deambular por las calles y plazas de esta Córdoba redonda de silencios y soledades, cuando hacéis carrera procesional, en la tarde-noche del Jueves Santo. Y desde entonces no he vivido de temores y de sustos pensando en la que me había metido, a lo que me había comprometido al haber aceptado esta misión. Po todo ello espero de vosotros toda la benevolencia de que seáis capaces y tengáis compasión y caridad de este pobre pregonero que, si está ante vosotros, no es por méritos propios, sino porque no supo negarse al requerimiento que le hacían dos buenos amigos y porque, principalmente, se siente incapaz de dar una negativa cuando es requerido, nada menos, que por el Señor de la Caridad.

Hago punto y aparte para agradecerle a Fernando Guillón Arévalo, esa presentación de mi persona en la que me ha prodigado tantas virtudes, que no se de donde las habrá sacado, ni en que fuentes habrá bebido, para saber tantas cosas de mí, pero que, si las ha dicho, a él, y solamente a él, le hago responsable de cuanto dijera. A todo le doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón, ganado ya como amigo hacia su persona. Pero si quiero decirle, y a vosotros también, que

Yo soy lo que soy. Solo yo.
Y, en el Libro del destino
tengo marcado el camino
que me señalara Dios.

No veáis orgullo ni vanidad en esas palabras que me afloraron en versos, sino más bien humildad y entrega total a todo por lo que fuese emplazado en el nombre de Dios.

¿De dónde los cuchillitos negros
para cantar en Tu Nombre...?
Se lo pregunté a la Luna
y a los montes;
al viejo árbol retorcido,
y al fruto,
que tras las hojas esconde
la tersura de su piel,
y al gusto amargo del bronce.
A las brisas mañaneras
que llevan del llano al monte
el cantar de las alondras
con ecos que no responden.
Al cristal frío de la fuente
cuyas aguas libres corren
por un humilde arroyuelo
que riega huertas sin nombre.
A todos les pregunté
y aunque la cosa os asombre
a la vez me respondieron:
¡En tu corazón de hombre!
Y en el corazón grabado
a fuego.
Señor de la Caridad
llevo Tu Nombre.

La caridad es lo que me agradece el mismo Dios, y es el mismo Dios el más claro ejemplo de ellos, puesto que se dio por todos nosotros sin merecérnoslo.

Digamos como Santo Tomás: La caridad es una virtud sobrenatural por la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor de Dios. Pero lo verdaderamente hermoso es que fue Dios mismo quien nos la dijera.

Lo más importante de la caridad es que, como acto, tiene la virtud, si es acto de caridad perfecta, de justificar por sí sola al pecador, sin el Sacramento de la Penitencia, pues no solo separa perfectamente al hombre de la criatura, sino que le une perfectamente con Dios como último fin.

No solamente tiene a Dios como objeto, así la Fe y la Esperanza, sino de una manera mucho más perfecta y elevada: no en cuanto de Él nos proviene el conocimiento de la verdad o la consecución del bien, sino, y esto es lo verdaderamente importante y transcendental, para descansar a Él y gozarnos de sus propios bienes.

Dicho con otras palabras: es lo que más nos acerca y ata a Dios. Es la única llamada a la que Dios no puede dejar de atender.

Óyeme bien, cofrade de la Real Hermandad y Cofradía del Señor de la Caridad, óyeme bien, si quieres salvar a tu alma, si verdaderamente quieres salvarte, no dejes de llevar en tus manos a la hora de tu muerte, un ramo en el que, al menos, tenga una flor que entregarás por el amor de Su Caridad.

Por eso he venido hoy aquí, haciendo renuncia expresa a todo lo que atañe a mi persona, pues se que he venido a que me deis vuestra caridad y ha entregaros toda la que yo me sienta capaz de atesorar, porque sin pudor alguno y sin respeto humano que pudiera desvirtuar mis palabras, yo me siento, por encima de todo, un hombre de Dios aún con el peso de mi cruz y el de todos mis pecados. Lo que no soy es fariseo, soy, como dijera León Felipe:

Soy el publicano que no sabe rezar.
Llamadme publicano.
Llamadme todos publicano.
Llamadme publicano vosotros también.
Así me llama el Arcipreste.
Y los líricos flecheros farisáicos,
que guardan el secreto
de cómo se disparan el verso y la
oración.

Este mío corazón, que ya lo tengo roto en cuatro pedazos por otras tantas cicatrices que me van de lado a lado, quisiera llevar a mi boca las palabras justas que os hagan vibrar al conjuro de mi voz que hoy se alzaré ante vosotros para traeros todos los sentires y emociones de los poetas que, como yo, nacimos en ese pueblo lleno de manantíos, de cielos azules y Picacho bravía, donde proliferan los poetas desde hace un montón de siglos, y que me hace temblar todos mis pulsos. Este temblor, que me hace temblar por fuera y estar contento por dentro, porque así podré deciros de Don Juan Soca sus versos, el que me dijo poeta y considero maestro, y estos otros que escribiera Pedro Iglesias Caballero, los dos poetas de Cabra, y, aunque los dos están muertos, quiero prestarles mi voz, para que vivan en sus versos, que nadie muere en mi tierra si viven por mis recuerdos, y por Ti, Señor.

Desde mi pueblo he venido,
todo el camino temblando,
Señor de la Caridad
para ofrecerte mi canto.

Desde mi pueblo he venido,
ese que tiene un Picacho
con una Virgen Morena
a la que yo quiero tanto,
con dos ojos azules
-cielo y mar en un abrazo-
que funde nuestros
quereres en un apretado
lazo.

De claveles y de lirios son
las huellas de mis pasos.

De azahares encendidos
se perfuma San Fernando
cuando pasas en tu trono
abiertos de Amor Tus
Brazos y en vertical va Tu
Cuerpo entre filas de
naranjos.

¡Mi corazón a Tus Pies
por Ti solo está temblando!

Han pasado muchas cosas desde que desfilarais el año pasado y oyerais el magistral pregón de Fernando Guillón. Entre ellas la entrega a la Legión de una placa conmemorativa del 500 aniversario de la Real Cédula otorgada por los Reyes Católicos a esta Real Cofradía, y aunque esto es un acto importante, no lo es menos la decisión adoptada para hacer la restauración de nuestra venerada imagen del Señor de la Caridad, cuyo trabajo le fuera encomendado al artista cordobés Don Miguel Arjona, el que, con su peculiar arte, que dimana de su fina sensibilidad, supieron sus manos, acariciantes, consolidar toda su grandeza, descubriendo la riquísima policromía que cubría su nombre madera. Pero yo estoy seguro que, sus manos, fueron guiadas por SU MANO.

La mano que te ayudó
a sobrellevar tu cruz
fue la mano de Jesús.
Las cadenas de tus penas...
de esas pesadas cadenas
de que te has visto cargado
te ha librado,
aunque tu no lo hayas visto,
la blanca mano de Cristo.

Aquella ilusión primera;
llama que en ti se prendió

como un sol de primavera,
la encendió,
aunque tu no lo hayas visto,
la blanca mano de Cristo.
Ojos que te acariciaron,
labios que te bendijeron,
corazones que te amaron,
aunque tu no lo hayas visto,
fue por la mano de Cristo.

Aquella espina dorada que
en tu pecho fue clavada,
aunque tu no lo hayas visto,
fue la mano de Cristo.

Aquella buena intención
que en tu pecho se escondía;
la alegría que plañía
dentro de tu corazón,
aunque tu no lo hayas visto,
fue por la mano de Cristo.

Esa cruz de tus pecados que
a tus hombros has cargado,
aunque tu no lo hayas visto,
a llevarla te ha ayudado la
blanca mano de Cristo.

Y aquella mano anhelante,
mano de nieve y de rosa que
señalaba:
-¡Adelante!
(y que en tus sueños has visto),
fue la mano milagrosa
de Cristo.

Cuando canté, allá por mis años mozos, con el pecho y la garganta, se me afilaba la voz, por seguirillas gitanas, o cantando soleares, o martinets por los yunques de mi alma, cuando los sonidos negros de los duendes me cercaban. Era por mis años mozo, ya lo he dicho, cuando yo cantaba. Entonces abría mi boca y bastaba, haciendo vibrar las brisas que con mi voz traspasaba. Hoy, mi cantar ya no es cantar, es temblorosa palabra de un hombre que abrió caminos hacia todas las distancias y que lleva de poniente los dolores por su alma.

Y... ¡Andalucía!. El pueblo que sabe hacer más llevadero a Jesús todo el peso de su Cruz. El único que hace sonreír, en su pena, a nuestras Dolorosas. El único pueblo del mundo que sabe hacer suyos los dolores haciéndolos alegrías cuando cantan a María o

al Cristo de sus amores, y que hace nacer en su boca a la saeta, que es el sentimiento de su impotencia ante el hecho consumado.

Yo diría que la saeta es el alma de quien canta hecha teología pasional. Es un grito de fe que se eleva desde una persona pecadora. Es un decir cantando, con la voz hecha un torrente de un corazón que se desborda de amor.

Quizá, durante todo el año, sus labios no habrán pronunciado una oración, y ahora, de pronto, avanza su cuerpo hasta el paso, y reza, en una simple saeta, todo lo que no ha rezado nunca haciendo entrega pública de su virginidad cristiana, doblando los hierros del balcón, desde donde canta enfebrecidamente, sin comprender que la saeta le salió del arco de su tensado pecho para hacer blanco en el corazón de la Virgen o en el pecho traspasado de Cristo, y reventar en rojos cuajaretones de amor. Y diré más. Yo creo que es la entrega que se siente por todo lo divino, pero dicho en la calle, sin respeto humano y con todo un pueblo por testigo.

La saeta es una explosión, a borbotones, de una persona que se rompe a gritos, porque no supo de otra manera arrancar las espadas de dolor que traspasaron el corazón de María, o sujetar las manos, que, despiadadamente, clavaron los miembros de Cristo a la Cruz.

Pero para llegar a esta manifestación espiritual de lo popular, fueron necesarios que los años se contaran por siglos, hasta llegar a la cristianización de nuestra Andalucía y a las primeras manifestaciones religiosas y de ahí fueron surgiendo esas Hermandades y Cofradías como la que nos ocupa, en la que andan unidos la realeza y el pueblo, íntimamente mezclados, de por aquellos entonces. Lo mismo que ocurriera en mi pueblo con la Real Archicofradía de nuestra Señora de la Soledad y Quinta Angustia que, al igual que esta, cuenta entre sus hermanos cofrades con la realeza y el pueblo. Y ya es coincidencia que se aglutinaron por los nombres de los Duques de Sessa, o Don Juan Valera y tantos otros que aparecen tanto en una como en otra Cofradía en las que los cargos mayores y principales los ocuparan Carlos V, o los Reyes Católicos, o la propia Isabel II. Y la bandera que se enarbolaba para la captación de nuevos hermanos fue la misma que levantara en alto el propio Hijo de Dios: el Amor. Pero no esta clase de amor que hoy se vive, sino el Amor total que es entrega sin esperar nada a cambio, el de darse sin medida sin pasar posteriormente la cuenta por el favor otorgado o recibido. Por ello tuvo que basarse en la Caridad, que en definitiva es darse y entregarse por el amor que sentimos hacia Dios o su propia Madre.

Y como os he hablado de coincidencias os diré otra más; la del Tercio del Gran Capitán al que hicisteis Hermanos honorarios, y que, en tiempos relativamente cercanos, a su Segunda Bandera mandara uno de los que fuera sus fundadores, Don Carlos de Silva y Rivera, con cuya hija estoy casado, y que allá por el año 56 o 57, consiguiera llegar a este glorioso cuerpo para acompañar a nuestra Virgen de la Soledad.

Y si queréis más coincidencias os diré que yo aprendí lo que es la verdadera Caridad en esta Córdoba de mis amores, cuando Dios me llamara para hacer los Cursillos de Cristiandad. Para ello fueron necesarios que pasara cuarenta años dedicado y

entregado mi amor hacia la Virgen, sin pensar mucho en Cristo, esta es la verdad. Pero Cristo se cansó un día y le dijo a su Madre: Oye, María, necesito que me dejes a ese loco porque deseo que haga cosas en mi nombre. Y así fue que, de la mano de María, yo entrara en el Cristianismo.

Hace poco tiempo le oí decir a una alta personalidad de Córdoba que a él, las tres ciudades que más le gustan son Córdoba, Granada y Sevilla. No sé si lo dijera sintiéndolo verdaderamente o con otros fines, yo sí puedo decir, pero de verdad de la buena que las mías son Córdoba, Granada y Cabra y que muchas veces ha subido al Picacho a ver a mi Virgen de la Sierra y al salir he acariciado con mis manos y mis ojos los horizontes que se ponían a mi alcance de la Sierra Nevada, de Sierra Morena y a mis pies los Puertos de Cabra, porque tengo hijos y nietos que allí me nacieran.

Considerar todo lo anterior como un inciso, porque yo no he venido aquí para hablaros de mi persona.

Escribir la historia queda para los historiadores, por eso yo que no lo soy me dejo llevar por los ensoñamientos líricos en los que frecuentemente me encuentro ensimismado. Y es que todos tenemos un rosario de cicatrices sobre nuestro cuerpo que nos fuera dejando nuestro propio devenir. Y parece paradójico que yo tenga una que ocupa todo mi cuerpo, que me reverdece siempre con la llegada de la primavera, y que me hace vivir en un continuo sufrimiento, al tener conciencia de que con ella llega, indefectiblemente, la Semana de Pasión. Yo siento para mí, que su momento cumbre, el más sobrecogedor, es el de la Agonía en el Huerto en el que pide al Padre que le aparte el cáliz, en el que en su lucha llegó incluso a sudar sangre. Y esta agonía es la que hoy vivimos nosotros, porque a las continuas llamadas que nos hace Cristo, el hombre sigue todavía respondiendo con sus silencios, en los que de presente que le tenemos, hemos llegado hasta de olvidarnos de nosotros mismos. Por eso me causa un profundo pavor, un profundo estremecimiento, cuando le veo, con la mirada profunda de mis propios sentimientos, salir maniatado del Huerto de las Olivas, dispuesto al sacrificio, para que se haga en Él la voluntad del Padre.

Por aquel huerto de olivas,
de cruces de oliva blanca;
por aquel huerto de olivas,
a eso de la madrugada,
iba la luna, la luna
saltando de rama en rama.
Tejida de finos cordeles con
hierbas de plata, plata,
y párpados de azahares
de cruces de oliva blanca.

¿Para que quiere la luna
esas madejas doradas?

Por la vereda el viajero
de rubia barba rizada;
de rubia barba; de rubia
cabeza de rubia llama,
ente los claros de olivas,
alza al azul la mirada...

¡Madre, que enjambre de abejas
nos sube por la quebrada!
¡Ay, que se acerca, que viene con
miel de hiel en las alas!
¡Ay, que rodea al viajero!
¡Ay, que una abeja le clava
con la dulzura de un beso,
el aguijón en la cara!

La noche de las olivas,
la noche martirizada,
siente romperse una estrella
en treinta cascos de plata...

Alrededor del viajero
zumba un torrente de alas.

En forma de cruz, le echan
una soga a la garganta;
con una soga, las manos
en forma de cruz atadas -
esparto, cáñamo, lino-,
cruzas sus hombros, su espalda;
cruces de rojos cordeles;
cruces de cruces cruzadas;
todas sus carnes de cruces de
soga crucificadas...

La luna de verde oliva;
la luna desde la rama,
con su delantal de nardo se
enjuga, al verlo, una lágrima.

Por la veredita verde,
por la veredita baja,
todas sus carnes de cruces
de soga crucificadas.

Pero la luna las muda,
pero la luna las cambia,

enterneada, por los hilos
de cruces de oliva blanca...

Ente "olivetes" de encajes,
ángel de trigueñas alas
la noche, va con la luna
tejiendo en la madrugada
entrecruzados cordeles
de cruces de oliva blanca...

De entonces, quedó la soga
-trenza en el telar, peinada;
hebra de oro en la tierra;
sierpe, en el cuello enroscada-,
bendita... con bendiciones
de cruces de oliva blanca.

Y entonces sobre Ti se suceden la mofa, el escarnio, el salvazo irreverente, la flagelación, y para mayor vejación, la coronación de espinas. Pero todo eso vino a corroborar que Tú eras verdaderamente el Hijo de Dios y que estabas dispuesto a salvar a la humanidad puesto que habías templado tu corazón en la Caridad hacia nosotros, y todavía, nosotros, seguimos dándote nuestros silencios, y lo que es peor, nuestros olvidos.

Espinas, Señor, espinas
en el camino, en la flor.
En nuestro lecho de amor,
espinas, Señor, espinas.

En el viento y en la rosa y
en la frente que se inclina.
Sobre la frente radiosa,
espinas, Señor, espinas.

En la duda y en la pena,
las dolorosas espinas;
y para el alma serena,
espinas, Señor, espinas.

Bajo los torsos cansados,
sobre las frentes cansinas;
bajo los ojos cerrados,
espinas, Señor, espinas.

Espinas bajo los vuelos de
las negras golondrinas.
Bajo todos los anhelos,
espinas, Señor, espinas.

Espinas de Tu Pasión
-finas espinas doradas-,
lleva nuestro corazón
eternamente clavadas.

Y ese silencio que le seguimos dando esta motivado porque no todos oyen hablar al silencio bajo las noches oscuras o luminosas, intensas, con el murmullo del agua, de las fuentes prisionera. No todos, ¡qué pena!, porque si todos te oyeran, irían cambiando las cosas, borrando las cosas negras, que enturbian nuestros entornos, de tantas cosas pequeñas. Pero yo no estoy aquí para amargaros, sino para que este rato os resulte agradable. Perdonarme, por favor. Y cambiemos los velos negros por la frágil gasa de la esperanza. Fragilidad que ha de hacerse fuerte para poder vencer la fortaleza del viento que tratará de desgarrarla.

Dejad que la esperanza prevalezca. Dejad todas las cosas y abriros al mañana, que es cosa venidera. Abriros en el hoy que es presente y es cosa perpetuamente cierta.

Madre, yo no se que tiene
esta tarde-noche santa.
Yo no sé qué tiene madre,
que hasta los pájaros callan
y los rayos de la luna
rompen sus hilos de plata
en los yunques de las calles
con chispas de luces
blancas.

Los ruiseñores sin trinos, -
sin trinos en sus gargantas-.
Los cauces de los
riachuelos, voces de la mar
lejana y los ecos de las
brisas no dicen la voz del
agua.

Yo no se que tiene, tiene,
esta tarde-noche santa
que la sangre de mis venas
se paraliza callada,
cuando el Señor del Amor
sale por calles y plazas
y todo el pueblo te llora,
sedientas de Ti sus almas,
queriendo ver florecidas
en esperanzas Tus Llagas.

A tambores y trompetas
como los clavos, desgarran,
crucificando las sombras
en la cal de las fachadas.
Yo no se que tiene, tiene,
que con sus silencios llama
a la conciencia dormida
que tiene la grey cristiana.
Trenzas de jazmines negros
trasminando sus fragancias,
la carne prendida ungen
cuando por las calles pasas.
Los silencios en la noche
clavan agudas espadas
y lloran estrellas frías
sobre las esquinas blancas.

Mira atrás, al ayer, por la vida feliz en que vivieras, con esperanza, con alegría,
porque todo acabará en un eterno florecer de primavera. Mirad, yo me he sentido así
muchas veces y de nuevo me abrí a la esperanza, al solo pensar en esa Dolorosa que a
sus pies lleva nuestro Cristo de la Caridad.

Señora de la Esperanza
de la vida mal vivida.

Señora de la Esperanza
en la muerte tan temida.

Señora de la Esperanza ..
esperanza de la vida.

Señora de la Esperanza
de la Vida presentida.

Señora de la Esperanza
en la Pascua florecida.

Señora de la Esperanza
a Ti te ofrezco mi vida.

Señora de la Esperanza
que a la esperanza convidas.

Sentiros como los árboles, como toda la naturaleza, en la época de la floración.
Raíces profundas, ocultas bajo la tierra, que nos empuja hacia arriba mientras vivamos
y que nos animan a seguir levantándonos, si caemos, mientras nos quede cuerda. Y la
cuerda no se rompe tan fácilmente. Solo se romperá cuando nuestro Cristo de la Caridad
quiera. Abriros a la esperanza, como las humildes y tiernecillas hierbas. Como las madres

a sus hijos, como tantas y tantas cosas que son verdades eternas. Venceros en los desmayos; los corazones despiertan, a las vidas de otras vidas, que nos aguardan y esperan. Por favor, no olvidaros que, nuestros muertos quisieran, seguir viviendo en las vidas que ellos nos produjeran.

¡Yo no se que tiene, madre
esta madrugada santa...!

Porque la luna brillaba, naranja, entre las nubes, gigantona, iluminante del mar gris de los olivos, en las espadas esmeraldas de las acequias fertilizantes y en la tierra temblaba entera, en el campo y en la huerta, bajo el tibio y aromatizado aliento de la brisa, todo yo he vibrado al impulso evocador de tu nombre, Señor de la Caridad, y me he dejado llevar de mi amor por Ti.

Y allá vamos, Señor de la Caridad por el Compás de San Francisco, San Fernando, Romero Barros, Plaza del Potro, Lucano, otra vez San Fernando, Diario Córdoba, la Carrera Oficial, Manuel de Sandoval, Plaza de Chirinos, Plaza de los Carrillos, Ramírez de Arellano, Góngora, Plaza de San Miguel, la calle de García Morato, Mármol de Buñuelos, Alfonso XIII, Plaza del Salvador, Calvo Sotelo, Diario Córdoba y de nuevo, para terminar su carrera procesional, el Compás de San Francisco.

Y ya de nuevo en el templo, con la misión cumplida, se reúnen los costaleros, cercando el paso, jadeantes, sudorosos, todo su cuerpo hecho flor de martirio, y mirándote en silencio, Señor de la Caridad, elevan de su interior, de lo más profundo del alma, la súplica y la oración para poderte sacar el próximo año.

Pasión de Cristo. ¡Silencio!
Que hasta los pájaros callen;
que sus ecos no nos lleguen
difundidos por el aire.

Que no flagelen Su Cuerpo.

Que sus Carnes no desgarren.

Que no se coronen de espinas
Sus Sienes de fina carne
y en las sienes traspasadas
los rubíes no se cuajen

Que no se crucen maderos,
fibra con fibra, raigambre,
cruzadas fibras de cruces y en
el calvario le claven sobre dos
Verdes Maderos clavos que
crucen Sus Carnes crucificando
Su Vida, crucificando Su
Sangre...

Que mi vida estremecida
lleve Tu Cruz por la calle
y que mis labios reseco
besando, te den mi sangre.

Dame Tu Cruz y Tu Muerte,
te lo pido por Tu Madre...
y cuando muera, Señor,
¡al pie de Tu Cruz me halles!

Muchas gracias.